crecen en su sepultura para suspenderlas de la enramada.

Un grupo de resucitados, que traen en sus manos arpas, salterios, flautas, clarines y trompetas, se reune al rededor de una palmera plantada á orillas del arroyo. Los instrumentos están mudos todavía, pero el pensamiento de los resucitados goza anticipadamente del encanto de los solemnes himnos, que desde el pié de la palmera irán á perderse entre los árboles del festin, cuando venga la estrella de la tarde con la Luna y sus velos argentados.

Los amigos de Lázaro llegan unos después de otros, y se colocan bajo la bella enramada que su solicitud les habia preparado. Piadosas conversaciones y el canto de los pájaros ocultos entre el follage amenizan la comida.

Poco á poco, una santa alegría, dulce como el murmurio de la fuente que brota en medio del desierto, sucede á las violentas emociones que han agitado á los fieles desde la muerte del Mesías. Para estos hijos de la nueva alianza, la vida no es ya más que una tibia tarde de Otoño, y la muerte un sueño breve y ligero: ninguna duda contrista sus almas, cuyos deseos todos se dirigen más allá del sepulcro.

La Luna ha venido á esparcir sus blancos rayos sobre el azul del Cielo; la estrella de la tarde riela á través de este diáfano velo, y los huéspedes de Lázaro se dispersan por todo el ámbito del huerto.

Un peregrino de Samos, que se habia anunciado bajo el nombre de Dimnot, continúa el grave coloquio que habia comenzado con un noble jerosolimitano, y los dos se sienten mútuamente atraidos por esa amistad sincera y pura que sólo pueden conocer las bellas almas.

—«¡Ah! exclama el de Samos; no temas que la muerte nos aniquile. Para que pueda germinar la rica espiga que

ha de ser la alegría del segador, ¿no es preciso que repose en la tierra? Antes de estallar la tempestad que atestigua la gloria del Eterno, ¿no es preciso que se oscurezca la nube? ¿Querrias tú que nuestra alma, tan noble y tan grande, estuviera siempre cautiva en su miserable vaso de polvo?»

Al pronunciar estas palabras, el resucitado deja su apariencia de peregrino, se rodea de fúlgidos rayos, y cura así á su amigo de la penosa duda que le hacia temer que la muerte condujera á la nada.

Otro peregrino del rio de los siete brazos, que se habia anunciado bajo el nombre de Kerdith, continúa el grave coloquio que habia entablado con un noble jerosolimitano: los dos se sienten mútuamente atraidos por esa amistad sincera y pura que sólo pueden conocer las almas bellas.

—«¡Ah! dice el peregrino del rio de los siete brazos á su reciente amigo: hombre afortunado, tú no conoces toda la extension de tu felicidad; todavía crees tú que hay en este mundo mil dolores por cada efímera alegría. Este triste pensamiento pesa sobre tu alma; pero muy pronto se librará de él para siempre. Hombre afortunado, tú no conoces toda la extension de tu felicidad: una voz solemne que ya en esta vida se alza por encima de los sepulcros, te hablará... Amigo, estás próximo á oir el imponente llamamiento de la muerte... Cantos celestiales te mostrarán imágenes de destruccion, y en tu alma se desenvolverá el presentimiento de la resurreccion de los huesos convertidos ya en polvo... ¡Resurreccion! ¡pensamiento sublime! tú lo comprenderás en toda su extension: para mí ha venido á ser una realidad, gracias á aquel que á todos nos creó.»

Dice, y toda su persona brilla espontáneamente con el esplendor de la luz primitiva.

El fiel siente flaquear sus rodillas, y cae en medio de las

flores que amenizan el musgo. Aquí lo encuentran sus compañeros caido aun y sin movimiento; pero los solícitos cuidados que le prodigan le hacen volver en su acuerdo, y lo ponen en estado de referir la celestial aparicion que ha venido á arrojar nueva luz sobre su vida futura.

Sentado en una piedra cubierta de musgo, y con la frente apoyada en la mano, Sébida fija en la tierra sus miradas inquietas y sombrías; pero su pensamiento vaga en las regiones elevadas.

—«¿He renunciado en vano á sondear los secretos del porvenir? dice para sí. ¿Habré de creer que algunos de los peregrinos que acaban de comer con nosotros en la misma mesa eran resucitados, y que se han aparecido á nuestros amigos? Muertos que pretendeis vivir, mostraos á mis ojos, ojos habituados á distinguir las ilusiones de la realidad. ¿No respondeis ¡ah! no respondeis á mi llamamiento?»

Un peregrino de la isla de Tenedos se presenta de repente ante el jóven escéptico, y habla con él acerca de los errores á que se dejan arrastrar los mortales, ora por demasiada credulidad, ora por una excesiva desconfianza ó duda.

—«El sabio, dice el peregrino, no medita sino en las cosas cuya naturaleza y extension le permiten sus facultades comprender y medir. Si alguna vez se ve precisado á examinar cuestiones más profundas, lleva en ello el sincero deseo de ilustrarse, y no se deja desvanecer por ese orgullo funesto, que impele á los hijos de la Tierra á rechazar como imposible todo lo que sus limitados conocimientos y su débil razon no pueden explicar.»

Dice, y desaparece.

Sébida mira á su rededor con sorpresa, y exclama:

—«¡Se ha desvanecido!... Era una aparicion, una aparicion sin esplendor sobrenatural... ¿Quién me la ha enviado? Este habitante del Cielo, ¿ha venido de su propio motivo, y porque sabia que yo necesitaba un rayo de luz celestial para guiarme?... No, era un mensajero de Dios: así lo creo, porque me ha sacado del mar de dudas en que iba á sumergirme. Héme aquí en la orilla escuchando con júbilo el bramido de las olas, porque ya no pueden arrastrarme.»

Apenas ha pronunciado estas palabras, cuando el peregrino que acaba de separarse de él aparece á lo lejos. Rodeado de un celestial resplandor, se adelanta á paso lento, hace una seña al jóven escéptico para que se acerque, y se detiene bajo la palmera en que los resucitados, invisibles á los ojos mortales, se reunen, después de su aparicion á los fieles.

Sébida obedece sin vacilar, porque ha sacudido para siempro las cadenas de la duda.

Entre tanto el inmortal acaba de iluminarlo, revelándole parte de los secretos de la Providencia, que le hacen adivinar las beatitudes celestiales.

Sébida le escucha con admiracion.

—«¡Tú, dice luego, tú que sales del sepulcro y comprendes la eternidad, ¿quién eres?»

Y el resucitado contesta:

—«Soy José. Tu padre vive todavía; ve á repetirle lo que acabo de enseñarte. Que antes de abandonar la Tierra, el venerable anciano vea correr lágrimas de alegría por tus mejillas y te bendiga...»

En pié sobre el Tabor, el Salvador pesa las acciones de los mortales en su terrible balanza y se sonrie con bondad ante las escenas que se desarrollan á su vista en el huerto de Lázaro.

Rodeado de sus más íntimos amigos, Lázaro habla de las

sublimes lecciones que el Mesías les legara, y que más tarde vendrán á ser para la especie humana una fuente sagrada de que sacará nueva vida.

—«Sí, continúa diciendo: hasta que nos hayamos despertado del sueño del sepulcro, ignoraremos por qué el brillante porvenir que presentimos no se ha realizado antes. Sólo entonces sabremos tambien por qué nuestro divino Salvador descendió á la humilde condicion de un hijo de la Tierra. No nos es dado sondear aquí abajo este misterio de los Cielos: hablemos de él con reserva y con temor; así únicamente pueden hablar de las cosas divinas los simples mortales.

«Cuando un hombre generoso y bueno se ve rechazado, desconocido por sus hermanos, á quien ama él con un amor sincero, ¡oh! entonces sufre y vierte lágrimas ardientes, que nos penetran de una respetuosa piedad. Y sin embargo, ¿quién es? Un mortal algo menos malo que los demás mortales. Pero Jesús, el divino Mediador... No pretendamos sondear el misterio de los Cielos; pero séanos permitido comparar al Hijo del Eterno... No, no; ante este arquetipo celestial, toda otra imágen desaparece...

«Jesús fué rechazado, desconocido por los hombres, á quienes amaba él con amor sincero; padeció y derramó lágrimas ardientes... ¿Qué lágrimas fueron nunca más dignas de una respetuosa piedad? ¿Qué sufrimientos pueden compararse á los suyos? Dotado de toda la plenitud de sentimiento que sólo un Dios puede poseer, ¡qué no debió padecer cuando con sarcasmo infernal se le puso la púrpura de rey y la corona de espinas; cuando se le arrastró al suplicio, confundido con los criminales; cuando, para calmar su sed, se le dió hiel y vinagre; cuando, en fin, sufrió en la cruz la más lenta y terrible de las agonías!»

Abrumado de tristeza, calla Lázaro y se aleja lentamente, yendo á sentarse en el sepulcro de su hermana.

—«Aquí, dice, madura el gérmen de la resurreccion. ¡Pobre hermana mia! en tu hora suprema, no pude yo hablarte más que de Jesús muerto... muerto en la cruz. Ahora tú estás con él; sí, debes de estar con él: mi corazon me lo dice.»

El alma de María Magdalena, que se cierne sobre su sepulcro, gime blandamente, pues no le es permitido mostrarse á su hermano; mas espera que Jesús haga por él lo que acaba de hacer por Cídlia y por Sémida, aquellos dos jóvenes resucitados, que á este título fueron juzgados dignos de elevarse vivos á los Cielos.

Lázaro continúa entregado á sus tiernos pesares, y piensa así:

—«¡Cuál no habria sido tu dicha, oh María, si hubieras estado conmigo este dia! ¡Con qué piadosa solicitud habrias procurado descubrir en la expresion de mis huéspedes si pertenecian aun á la Tierra, ó si eran mensajeros del Cielo!»

Y el pensamiento de María contesta al pensamiento de Lázaro:

—«Si yo pudiera aparecerme á tí, ¡oh amado hermano mio! te nombraria á los inmortales que han venido á sentarse á tu mesa. Pero ¡ay! tú no puedes oirme, ni me oyen tampoco mi sepulcro ni el arroyo que lo baña... ¿Qué importa? Quiero olvidar la distancia que nos separa, quiero creer que puedes comprenderme. Escucha: ese hermoso anciano de cabellera blanca como la flor del espino que crece al pié de mi sepulcro, es Husa (1); el jóven que sigue lentamente el curso del

(1) Habiendo reunido David á todo Israel para traer el arca de Dios de Kiriath-Jeharim á Jerusalem, se la colocó en un carro nuevo, que fué conducido por Husa. Uno de los bueyes que arrastraban el carro, resbaló: Husa extendió

arroyo, es Jethro, el pastor de Madian (1). Mira á la dulce Megiddo, la tierna hija de Jefté, con qué angélico candor se envuelve en su velo transparente...

Y mientras que los ojos de María se fijan en los resucitados de Cristo, su pensamiento se pierde en un arrobamiento infinito; porque aquí ve á Korah (2), el cual apoya en un olivo su arpa celestial, que Jedithun corona de flores inmortales. Más lejos, Raquel adorna el majestuoso tronco de un olmo con guirnaldas de yedra, que Jemina prolonga á lo infinito. Más léjos todavía, el pastor Zalmona, que expiró de alegría cuando oyó el canto de los ángeles que celebraron el nacimiento del hijo de María, se adelanta al lado de otro pastor de Bethlem, más antiguo y más célebre, al lado del noble hijo de Isaí. Los dos se apoyan en ramas de sauce, y ruegan á los resucitados que encuentran, que les hablen del santo júbilo de los fieles á los cuales se han aparecido.

El pensamiento de María se dirige de nuevo á su hermano y le dice:

—«¿Reconoces á Eliphas (3)? ¿Le ves dirigirse hácia Heman (4)? Con ojos resplandecientes de alegría departen entre sí... Heman viene hácia mi tumba... se sienta á tu

la mano para sostener el arca, y en el acto mismo fué herido de muerte. David sintió mucho esta desgracia, y llamó al campo en que ocurrió *Perets-Husa*. En este mismo campo hicieron construir los reyes de Judá una casa; y uno de ellos, Manasés, fué enterrado allí. — *Paralip.*, lib. I, cap. XIII, y lib. II, cap. XXXIII.

(1) Jethro, suegro de Moisés, era pastor de Madian, comarca limítrofe del desierto que separa el Egipto de la tierra de Canaan.

(2) Korah y su amigo Jedithum eran dos cantores de David.

(3) Eliphas era uno de los amigos de Job, que durante su ruda prueba iban á disputar con él y á afligirle más con sus reconvenciones. Este amigo halló gracia ante el Eterno, por haber obedecido su mandato, llevando á Job siete toros y otros tantos carneros para ofrecerlos en holocausto. — V. el Libro de Job.

(4) Uno de los cantores de David.

lado... ¡Ah! no es posible que le veas, pues se halla despojado de formas accesibles á las miradas de los mortales;... y ahora va á elevarse á la cima del Tabor... Aguarda, querido Heman, dígnate mostrarte á mi hermano, y vea yo las lágrimas de alegría que tu presencia le haga derramar.»

Y Heman contesta:

—«Antes de subir á los Cielos, el Redentor se aparecerá á Lázaro, y Lázaro será transfigurado.»

—«¡Oh felicidad inaudita! ¡mi amado hermano subirá con nosotros al reino de la luz, aumentará el cortejo de los primogénitos de la creacion, y unirá su voz á los himnos celestiales!»

Pero en vano se regocija María anticipadamente por la transfiguracion de su hermano. Lázaro no puede verla ni oirla. Una gran inquietud le agita sin embargo, y dominado por un sentimiento indefinible, se levanta, se aleja del sitio fúnebre, y va cerca de sus amigos.

Eneo se ha retirado al paraje más solitario del huerto, y con la frente entre las manos, medita en la felicidad de los fieles que acaban de ver resucitados.

«Sí, dice interiormente, su felicidad es grande; pero ¿no tengo yo parte en ella, puesto que me han referido todo lo que han visto y oido?... ¿Y qué conducta voy á seguir ahora? ¿He de servir aun á los conquistadores del mundo, y quemar incienso en el altar de Júpiter Tonante? ¿Debo mancharme de nuevo con la sangre de los oprimidos que rehusan someterse al yugo de un vencedor inhumano? ¿Puedo entrar en el cortejo de un triunfador, y participar de los placeres sensuales que Roma prodiga á sus soldados cuando vuelven victoriosos dentro de sus muros? ¿No he aprendido á ver la vida bajo otro aspecto?... Alegrías insensatas, gloria ensangrentada, adios para siempre: me consagro resueltamente

al Dios de amor y de misericordia, á los deberes sagrados que él impone, á las verdades celestiales que á enseñarnos vino. Sé conmigo desde hoy, Dios de amor y de misericordia, y dígnate guiar mis pasos.»

Apenas ha enviado al Cielo este último persamiento, cuando Elihú (1) se le aparece en todo su esplendor divino, y le hace oir palabras de salvacion.

La vision desaparece; pero los ojos del piadoso Eneo permanecen fijos en el sitio en que se ha desvanecido, y su alma oye aun las revelaciones que le hiciera el aparecido.

Bethoron (2) amaba á Jesús; pero no lo bastante para seguirle. Habia rehusado hacerse su discípulo; pero después se arrepintió amargamente. Una profunda tristeza lo abruma, porque no se atreve á esperar que el divino Resucitado, compadecido de sus remordimientos, se digne enviarle algun mensajero. En vano procura Lázaro consolarle; Bethoron huye de la sociedad de sus amigos, y se pasea solo en uno de los más sombríos sitios del huerto.

Elihú se le aproxima bajo la apariencia de peregrino, y le ruega que le refiera los maravillosos hechos de Jesús durante su permanencia en la Tierra.

Bethoron refiere con entusiasmo los milagros de que ha sido testigo, y el resucitado le interrumpe diciendo:

«¡Cuán dichoso eres tú, que has visto por tus ojos, y oido por tus oidos!»

(1) Elihú era el más jóven y el más prudente de los amigos de Job que iban á disputar con él durante su miseria; fué el único que no lo afligió con injurias ni sarcasmos, antes bien lo exhortó á la resignacion y á la esperanza.—Véase el *Libro de Job*, cap. XXXII y siguientes.

(2) Todos los Evangelistas hablan de un adolescente que, prendado de la moral del Mesías, quiso entrar en el número de sus discípulos. Pero cuando el Mesías le dijo que renunciara á sus riquezas para seguirle, no tuvo valor para hacer este sacrificio. Este mancebo á quien Klopstock designa bajo el nombre de Bethoron, no lo tiene en las Escrituras.

Y sin escuchar la voz del jóven, que con afan lo llama, desaparece á su vista.

Convencido de que un mensajero del Cielo acaba de aparecérsele, pero que no ha querido iluminarlo, Bethoron se cree más desgraciado que nunca. En vano sigue el camino por donde el peregrino ha desaparecido, pues no ve más que el sepulcro de María, ni oye otra cosa que el murmullo del arroyo que se pierde á través del espeso follage del bosquecillo.

Muy luego otro de los peregrinos, que durante la comida se habia ocupado de él, viene á su encuentro; le dirige la palabra con bondad, y le invita á mirarle en adelante como su mejor amigo.

Bethoron cede á la necesidad de confiar los pesares de su alma á un corazon compasivo, y con voz entrecortada por los sollozos le refiere cómo habia rehusado seguir á Jesús, y los crueles remordimientos con que ha expiado esta falta, cuyo perdon le parece imposible.

Su nuevo amigo le prodiga consuelos que lo llenan de alegria y sorpresa.

«Acaba tu obra, exclama el jóven; no puedo dudar ya que tú eres uno de los mensajeros que el Salvador envia á sus testigos en la Tierra... No desvies de mí tus ojos, llenos de amor y esperanza: acabas de llamarte mi amigo, y á ese título, te suplico que te muestres á mí en tu inmortal esplendor.»

Jedidoth, que él es el que ha venido á consolar al infortunado Bethoron, le tiende los brazos, lo estrecha contra su corazon y lo inunda de luz celestial.

Bethoron pierde el sentimiento de su sér; y al volver en sí, no ve á nadie ya; pero el recuerdo de la aparicion que el Mesías se ha dignado enviarle bastará ya en adelante para hacerle feliz.

Guiados por sus ángeles custodios, Sémida y Cídlia han dejado el Héspero(1). Al llegar junto al sepulcro de María, se detienen un momento, y van á reunirse con los resucitados agrupados á la sombra de la palmera. Uno de los inmortales les ruega que canten el himno con que celebran en los Cielos su ventura y su amor.

Sones más misteriosos que el murmurio del follaje, más halagüeños que el rumor del arroyo, vienen á herir los oidos de Lázaro y de sus huéspedes. En vano intentarian definir estas vagas melodías; las escuchan reteniendo el aliento, y se hacen mútuamente expresivas señas para no turbar este religioso silencio.

Y uniendo su voz á los acordes de las arpas, de los salterios y trompetas de los resucitados, Sémida canta:

«Cumpliéronse al fin aquellos vagos ensueños que, después de nuestra resurreccion, formaban nuestra existencia. Bello es, Cídlia mia, el infinito, y lo es más aun cuando lo mide tu pensamiento con el mio.»

Y Cídlia contesta:

«Bella es la estrella de la tarde, Sémida mio; pero lo es más aun cuando tú la admiras conmigo: tu mirada embellece el dia que acaba de nacer, y hasta el Sol que recorre los espacios.»

—«Los astros resuenan unísonos: todo en el universo es armonía; la armonía crea todas las beatitudes celestiales, y ha confundido nuestras almas. Sí, mi Cídlia: la armonía es el amor, es la felicidad.»

—«Héspero conoció tambien el entusiasmo del amor; pero no amó jamás como nosotros nos amamos, no, Sémida mio.»

—«Héspero, tú cuentas una larga série de dias felices;

(1) Héspero, Véspero ó Venus, estrella de la tarde.

pero aun no te has librado de tu forma primitiva: para recibir sus percepciones, tu alma no tiene más que siete sentidos (1), mientras que la nuestra bebe ahora en todas las fuentes de la creacion, y se extiende al infinito. ¿Puedes tú, á la misma distancia que nosotros, ver la flor que se abre en el Valle de los Sepulcros? ¿Puedes oir como nosotros el curso del arroyo que humedece la raiz de sus árboles?»

—«Cuando yo no veia aun más que con los ojos mortales, lloraba sobre mí, sobre el arroyo cuyo manantial agota el Estío, sobre la flor que se marchita al Sol;... pero cuando mi Sémida, salvando conmigo los límites del tiempo, me recibió en sus brazos...»

Este canto de armonía y de ventura expira en los lábios de Cídlia, porque no lejos de la palmera sagrada vé á su madre abrumada de dolor.

Cídlia se le aparece al punto en todo el esplendor de

(1) Klopstock no habla aquí ya de la estrella, sino de Héspero, hijo de Japet ó Japeto, que se hizo célebre por su piedad y por su apasionado amor á la astronomía. Queriendo observar los astros desde lo alto de una montaña, fué precipitado de ella por el rayo, y no volvió á aparecer. Se le hicieron honores divinos, y se dió su nombre á la más brillante estrella del Cielo. Klopstock supone que Héspero habita esta estrella, pero que no ha llegado aun á la perfeccion que han alcanzado Sémida y Cídlia; pues solo tiene dos sentidos más que los habitantes de la Tierra. Estos siete sentidos son una alusion á las siete hijas de Héspero, conocidas bajo el nombre de Hespérides. Desde la mas remota antigüedad, estas ninfas fueron como soberanas de las maravillosas comarcas que, bajo nombres diversos, como el *jardin de las Hespérides*, *las islas Atlánticas*, *las islas Afortunadas*, etc., fueron situadas en todas las partes del mundo á la entrada del Cielo y en el Cielo mismo. Todos los poetas y filósofos hablan de estas comarcas; Horacio y Platon mismo hacen de ellas descripciones seductoras. Se extrañará hallar en un poema como la *Mesiada* ficciones mitológicas; pero Klopstock no ve en Héspero un hijo de Japet ó Japeto, de quien los griegos y los romanos hacen descender al género humano, sino el hijo de *Japhet*, hijo de Noé, que pobló una parte del Asia y todas las comarcas de las costas del Mediterráneo. Esta opinion concuerda con la de la mayoría de los sábios que se han ocupado del origen de los pueblos, y que no ven sino un mismo personaje en el *Japet* de la Mitología y en el *Japhet* de las Escrituras.

su celestial belleza, y una alegría demasiado fuerte para una simple mortal rompe los lazos que retuvieran á esta infortunada madre á la vida de pesares y de lágrimas. Su alma deja la Tierra, y sostenida por Cídlia y Sémida, se eleva al trono del Eterno.

Un noble peregrino conversa hace tiempo con Semmo acerca de las apariciones que han venido á consolar á los fieles, y Semmo le escucha con el mayor interés.

—«¡Ah! exclama en fin. ¡Cuán feliz seria yo, si un habitante del Cielo se dignara aparecérseme á mí! Mas para creer en la resurreccion de Jesús, no necesito en verdad que ningun mensajero de Dios venga á confirmármela.»

El peregrino se aleja diciendo para sí:

—«No hay para qué aparecerme á él: su fé es inquebrantable, y jamás oscurecerá su espíritu la duda. Mi vista podria envanecerlo, y el instante de felicidad que le procurara podria acaso arrebatarle eternas alegrías.»

En pié en el monte Tabor, el Salvador del mundo pesa las acciones de los mortales en su terrible balanza, y mira con sonrisa de bondad las escenas de ventura que pasan en el huerto de Lázaro.

Berbeson, el único de los diez leprosos sanados por Jesús que volvió á él para expresarle su agradecimiento, se pasea en actitud pensativa á orillas del arroyo. Sones confusos, pero celestiales, hieren sus oidos; acércase á la palmera, y á su sombra descubre á los inmortales, como á través de un velo misterioso. Las vibraciones de sus arpas iban á hacerle sucumbir al exceso de su arrobamiento, cuando uno de los resucitados se adelanta hácia él, lo conduce en medio de la nube que los sustrae á todas las miradas, y le dice que coja palmas.

Berbeson obedece, y presenta á cada uno de los inmortales una rama del árbol sagrado; y el resucitado que lo habia introducido en esta celestial reunion, le hace guardar una de las palmas que ha cogido.

Tranquilizado con este favor inesperado, Berbeson se atreve á interrogar á los mensajeros de Cristo, y ellos le contestan con fraternal bondad, que el divino Redentor les ha hecho salir de sus sepulcros para ser testigos de su resurreccion; que estarán en la Tierra todo el tiempo que el Mesías esté, y que con él volverán á los Cielos.

—«Perdonadme, dice Berbeson, si me atrevo á importunaros con mis preguntas; pero dignaos decirme si yo estoy condenado á vivir mucho tiempo.»

—«Lo ignoramos,» contestan los inmortales.

Y Berbeson añade:

—«Decidme: ¿qué sentísteis cuando os despertásteis del sueño de la muerte?»

Los inmortales contestan:

—«Lo que sintió Adam cuando su Creador lo llamó á la existencia. Para tí tambien sonará la trompeta que llama á la vida eterna.»

Berbeson no ve ni oye ya más.

Las palmas quedan inmóviles, los vientos retienen su aliento, pero todas las alegrías de los Cielos descienden al corazon del mortal que por segunda vez es objeto de la misericordia divina.

De esta manera, los amigos de Lázaro, que se habian reunido para hallar en dulce y apacible comunicacion un pasajero consuelo, sienten descender al fondo de sus almas todas las bendiciones del Cielo; de esta manera, el moribundo, que no cree encontrar en el sepulcro más que un frio reposo, ve brillar luego ante sus ojos la inmensidad de los Cielos y una eternidad de ventura.